

JORGE CARRERA ANDRADE: LOS PRIMEROS AÑOS*

Enrique Ojeda

A pocos kilómetros al sureste de Quito se halla la pequeña población de Sangolquí. Su nombre indígena indica el carácter rural de este conglomerado humano. Establecido en medio de extensas propiedades agrícolas, en un valle de la Sierra andina.

En ese pueblo nació a mediados del siglo pasado Abraham Carrera. Es posible que descendiera del noble español Sancho de la Carrera como parece indicar Jorge Carrera Andrade en un poema que dedica a ese personaje.¹ Pero Abraham Carrera carecía de bienes de fortuna y desempeñaba el modesto cargo de administrador de hacienda. De su matrimonio con Genoveva Andrade le nació en 1868 un hijo a quien se bautizó con el nombre de Abelardo. Su padre cuidó de dar a éste esmerada educación: le envió al Colegio San Gabriel que los jesuitas regentaban en Quito. Al terminar en él sus estudios secundarios, Abelardo siguió los de leyes en la Universidad Central y, luego que obtuvo el doctorado, empezó a trabajar en la Corte Superior de Justicia de la que, después de algunos años, fue nombrado secretario. Ministro de la Corte Suprema al fin, se jubiló en 1942, terminando así una larga y brillante carrera.

Aunque pertenecía a un hogar intensamente religioso y había sido educado con los jesuitas Abelardo se asoció con el liberalismo alfarista que a finales del siglo pasado luchaba por dominar en el Ecuador. Cuando el 5 de junio de 1895 los Alfaros entraron triunfantes en Quito hallaron a Carrera Andrade

* Por considerarlo vital, como ubicación biográfica del poeta, reproducimos el capítulo I del libro *Jorge Carrera Andrade: introducción al estudio de su vida y de su obra*, del crítico ecuatoriano Enrique Ojeda, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1971 (N. del E.).

1. «Retrato del español Sancho de la Carrera», *Edades poéticas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. 32.

prisionero de los conservadores. Pero éstos eran entusiasmos de juventud. En los años siguientes, aunque mantuvo sus convicciones liberales, se desinteresó de la política para dedicarse a sus labores de magistrado.

En 1899 Abelardo Carrera casó con una joven quiteña, Carmen Amelia Baca Andrade. Había nacido en 1883 y era hija del coronel ambateño Adolfo Baca. Educada por religiosas francesas en el Colegio de los Sagrados Corazones manifestó fino temperamento artístico e inclinación por la literatura. Dominaba el francés, tocaba la guitarra y dibujaba. «Mujer admirable y bella», ejerció una profunda influencia en Jorge y le inspiró algunos de sus poemas más conmovedores.

Al hogar de Abelardo y de Carmen Amelia le nacieron once hijos: César, María Esther, Lucrecia (fallecida), Jorge Abelardo (muerto a poco de nacer y mayor con un año al poeta), Jorge Enrique, Beatriz, Rosario, Hugo, Inés, Blanca y Aída. César fue compañero de Jorge en los estudios, los afanes literarios y las preocupaciones sociales. Dotado de talento, en 1917 obtuvo el primer premio en prosa en el concurso organizado por el comité «19 de Marzo» del Colegio Mejía y el primer premio en verso y el segundo en prosa en los Primeros Juegos Florales Universitarios celebrados en Quito en 1919. Sin embargo, su interés por las letras no fue duradero. En su madurez se ha consagrado a su profesión de abogado y a la política como miembro del partido socialista. En 1944 publicó un breve opúsculo, *Panorama histórico del trabajo*, que manifiesta su interés por los temas sociales.² Hugo, el menor de los tres hermanos, es contador y ha ocupado cargos públicos de consideración en el Municipio y en el Instituto del Seguro Social. Las hermanas se han casado y algunas se han establecido en el exterior.

Esta prole numerosa realizaba el aire patriarcal y prócer de don Abelardo. Como prefería que sus hijos al casarse se quedaran a vivir con él, construyó una amplia casa cuyo tercer piso quedó reservado para los hijos casados. Los fines de semana invitaba a su mesa a hijos y nietos y presidía sobre más de treinta comensales. Su noble figura de padre y proveedor aparece en el poema «Familia de la noche»: «Patriarca, hombre de ley, de cuyas manos / nacen las cosas en su sitio propio ...» Este «hombre de ley», que, en el fondo, no daba importancia a la literatura fue para Jorge una viva lección de rigor lógico, de orden y de claridad, que equilibró la vida del sentimiento que su madre le inspiraba.³ A él le debe también su devoción por la vida de familia, su sentido de

2. César Carrera Andrade, *Panorama histórico del trabajo*, Quito, Talleres Gráficos del Ministerio de Educación, 1944.
3. Jorge Carrera Andrade, *Familia de la noche*, 2a. ed., París, Colección Hispanoamericana, 1954, pp. 18 y 19. El poeta insiste en la ordenadora misión de su padre: «Nos traes la ciudad bien ordenada / en números y rostros...» «...ordenaste la huerta». También su padre

justicia que inspiró la intensa actividad social de Jorge y sus hermanos y una probidad moral que en él coexistía con una completa indiferencia religiosa. De su madre le vino la ternura, velada a veces de humorismo, pero siempre presente; la fantasía que se prodiga en imágenes, la mirada captadora de formas y colores y un oído atento a «la música del mundo y de la estrofa».⁴

Sin el influjo de estos dos espíritus cultivados aunque disímiles no podría explicarse la poesía de Carrera Andrade.

Jorge Carrera Andrade nació en Quito el 18 de septiembre de 1903.⁵ Quito a finales del siglo XIX y principios del XX era, según un visitante extranjero, una modesta ciudad con menos de sesenta mil habitantes, «quinientos acres de tejados llanos y sin variación» calles que «tienen insípida apariencia por la poca altura de las cosas y la falta de objetos que rompan la monotonía del cielo».⁶ Profundas quebradas atravesaban el centro de la ciudad la cual en breve se convertía en campo abierto. Jorge Carrera Andrade nació en una casa de propiedad de sus padres situada frente al Anfiteatro y que hacía esquina entre las calles García Moreno y Morales. Aunque situada a tres cuadras de la Plaza de la Independencia, centro de la ciudad, la casa de la familia Carrera Andrade bordeaba una profunda quebrada llamada de Jerusalem que cruzaba la ciudad de este a oeste. El gobierno decidió convertirla en una avenida y a ese propósito expropió algunas casas, entre ellas la de Abelardo Carrera Andrade. Este que poseía una propiedad en el extremo norte de la ciudad conocido con el nombre de «El Batán» y que entonces era campo abierto, se tras-

es el proveedor: «Cada hortaliza o árbol / cada teja o ventana, te deben su existencia, / levantaste tu casa en el desierto...». *Ibid.*

4. «Mi madre... por su educación es una mujer auténticamente intelectual. Cuando yo llegué a la edad del entendimiento, me encontré con una magnífica biblioteca de mi madre. Se puede decir que mi vocación literaria la debo a ella que supo inculcarme un gran amor a la lectura». «Líneas de una autobiografía», *El Telégrafo*, Guayaquil, 16 de junio 1933.
5. En la primera reseña biográfica de Carrera Andrade, aparecida en la revista *Vida intelectual*, IX, marzo 1921, 65, se da 1902 como año de su nacimiento. El propio Carrera Andrade explica así esta disparidad de año: su certificado de nacimiento se perdió en un incendio lo cual le indujo a que usara el de su hermano del mismo nombre, que había nacido y muerto en 1902. Es posible también que en esos años Carrera Andrade aumentase de propósito su edad debido a que en su niñez y juventud parecía notablemente mayor de lo que era en realidad. Cuenta apenas doce años —escribió Hugo Alemán, que le conoció en esa época— pero se diría que tiene, cuando menos quince. Una estatura incompatible con su corta edad». *Tránsito de generaciones*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1947, p. 198. La inscripción de nacimiento de Carrera Andrade que consta en el *Registro Civil*, tomo 3, p. 75, acta 965, Quito, provincia de Pichincha da la fecha de 14 de septiembre de 1902.
6. Edward Whymper, que en 1892 visitó al Ecuador. Las citas pertenecen a un capítulo de su obra *Travels Amongst Great Andes of the Ecuador* que se reproduce traducido en la obra de Eliczer Enríquez, *Quito a través de los siglos*, II, Quito, Imprenta del Ministerio de Gobierno 1941, pp. 181-196.

ladó allá con su familia en 1908, dando comienzo a la experiencia campesina de Jorge Carrera Andrade que iba a durar tres años y que tan profundamente ligada está a su poesía:

Tu geografía, infancia, es la meseta
de los andes, entera en mi ventana
y ese río que va de fruta en roca
midiendo a cada cosa la cintura
y hablando en un lenguaje de gujarros
que repiten las hojas de los árboles

Familia de la noche, 15

Fueron años de infantil felicidad y de inconsciente iniciación poética. «En esa morada rural entré en la amistad de las cosas humildes, de los seres pequeños». ⁷ Tan a gusto vivió Carrera Andrade en el campo que le apenó tener que abandonarlo. ⁸ En 1911 terminaron los trabajos en la nueva casa que don Abelardo había hecho construir y la familia hubo de trasladarse a la ciudad. La nueva residencia estaba situada, como la anterior, en la calle García Moreno, a un centenar de metros de la que entonces era quebrada de Jerusalem y hoy es Avenida 24 de Mayo. Edificada en lo alto de la loma, la calle Ambato la separa del venerable edificio colonial del Hospicio. Aún hoy es una amplia y noble casa de tres pisos al estilo quiteño, con patio y zaguán de piedra y anchos corredores en torno a éste. En ella vivió Jorge Carrera Andrade desde 1911 hasta 1928 en que partió para Europa y durante sus cortas visitas a la ciudad natal. A la muerte del padre, en 1950, la casa pasó a otras manos.

En octubre de 1908 —a los cinco años de edad— Jorge empezó su educación formal en el pensionado del Dr. Pedro Pablo Borja, fundado por el sacerdote de ese nombre el 15 de octubre de 1900 con el propósito de salvaguardar la educación cristiana de la niñez de Quito luego del cierre de la escuela de los Hermanos de las Escuelas Cristianas decretado por el gobierno de Alfaro. El pensionado Borja congregó a los hijos de las mejores familias de Quito. No es extraño que don Abelardo, a pesar de sus convicciones liberales e indiferencia religiosa, lo escogiera para sus hijos. Luego de algunos cambios de domicilio el Pensionado Borja funcionaba durante los años en que Carrera Andrade asistió a él en una típica casona quiteña situada en la calle Olmedo, donde aún se encuentra hoy en día.

7. Jorge Carrera Andrade, *Edades poéticas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. VIII.
8. Sin embargo la ausencia del campo no fue total pues la familia seguía reuniéndose en la esquina de «El Batán» los fines de semana y durante los meses de vacaciones de los hijos estudiantes.

La escuela se distinguía por la calidad de la enseñanza y la severidad de la disciplina. El propio doctor Borja enseñaba en cada curso la materia que se consideraba más importante, religión, e inspiraba el ambiente de piedad infantil tan característico de esa institución. Los seis años que Carrera Andrade asistió a ella le dejaron honda huella: un sinnúmero de imágenes tomadas de la religión que habían de sobrevivir a la pérdida de la fe y aflorar en su poesía. En Carrera Andrade la ausencia del sentimiento religioso en su vida no ha impedido que extrajera la sustancia poética yacente en ese mundo de signos de lo religioso.

El nacimiento y primeros años de Carrera Andrade coincidieron con un período de intensa y a veces violenta actividad política. Desde el pronunciamiento liberal-radical del 5 de junio de 1895 la figura del jefe revolucionario Eloy Alfaro había dominado la escena en la república. Jefe supremo de 1895 a 1896, la Asamblea Constituyente convocada por él en 1896 le eligió Presidente Constitucional para el período de 1897 a 1901. Alfaro gobernó durante esos años rodeado del entusiasmo de sus seguidores quienes le consideraban el símbolo del liberalismo y de la democracia. Le sucedió el general Leonidas Plaza Gutiérrez, su antiguo compañero de luchas políticas. Al terminar éste su período en 1905 fue elegido Lizardo García, liberal patrocinado por Plaza. Para desilusión de muchos de sus seguidores, Alfaro se levantó en armas contra el presidente García a pesar de que pertenecían al mismo partido político. Veinte días duró la campaña y Alfaro una vez más conquistó el poder. Para consolidarse en él se sirvió de su soldadesca a la que reforzó con los «macheteros» traídos de la Costa y los «garroteros» que apaleaban a los senadores y diputados de la oposición a las puertas mismas del Palacio Legislativo.⁹

Esta violencia y opresión en un gobierno que se decía representar las ideas democráticas y liberales enajenó las voluntades de muchos, especialmente de los jóvenes. El 25 de abril de 1907 los universitarios de Quito organizaron una manifestación contra el gobierno en demanda de sufragio libre pero fueron desbandados por un escuadrón de caballería que dejó un saldo de muertos y heridos en las calles. El 11 de agosto de 1911 un nuevo levantamiento militar contra Alfaro sorprendió a Jorge y César Carrera Andrade camino de la casa. La asonada duró tres días «durante los cuales se dieron verdaderas batallas en las calles. Esto se le quedaría grabado al niño en su memoria para siempre».¹⁰

9. Oscar Efrén Reyes, *Breve historia del Ecuador*, II, Quito, Talleres Gráficos de Educación, 1942, p. 383.

10. *Cronología de la vida de Jorge Carrera Andrade*, notas inéditas. (Archivo personal de Jorge Carrera Andrade, Departamento de Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook. Todas las citas de la correspondencia personal del poeta están tomadas de los volúmenes de ese archivo).

Al fin el 28 de enero de 1912, con la victimación de Eloy Alfaro y sus hermanos Flavio y Medardo terminó esta dramática jornada de la historia patria. Para Carrera Andrade, entonces niño, esta época tormentosa constituyó el primer contacto con la política inestable y violenta del Ecuador. Años más tarde terció en ella y sufrió las consecuencias de su inestabilidad y errático devenir.

En 1914 terminó Carrera Andrade sus estudios en el Pensionado Borja y en octubre ingresó en el Instituto Normal Juan Montalvo donde bajo la dirección de profesores alemanes, se preparaban los futuros maestros. Pensó en esos días hacer de la enseñanza su profesión, pero pronto descubrió que «el camino de la pedagogía no era el que más se acercaba a sus tendencias y aptitudes».¹¹

En octubre de 1915, y sin duda por influjo de su piadosa madre, Carrera Andrade ingresó en la Escuela de los Padres Mercedarios con el fin de prepararse a la primera comunión. Mayor en edad y físicamente más desarrollado que el resto de la clase, se sentaba al fondo del salón en gesto de desamparo. Los meses pasados allí abundaron en incomodidades que inspiraron en él un espíritu de rebeldía e indiferencia religiosa. Años más tarde volverá sobre estos recuerdos en carta fechada en San Feliú de Guixols el 20 de noviembre de 1932:

Quien estas líneas escribe sufrió también cuando escolar el vapuleo injusto de un fantasmón vestido de hábitos mercedarios y de allí arranca tal vez su rebeldía viril que no pide ni da tregua y que ha ido extendiéndose al campo de la política y de lo económico social.¹²

Luego de su infortunada experiencia en la escuela de los Padres Mercedarios, Carrera Andrade dio comienzo a su educación secundaria. En octubre de 1916 ingresó en el primer año del Instituto Nacional Mejía. Fundado por decreto de la Asamblea Constituyente el 11 de junio de 1897 funcionaba en el «Beaterio», inmueble que ocupa la manzana comprendida entre las calles Cuenca, Pichincha, Olmedo y Manabí y que había alojado la escuela de los Hermanos de las Escuelas Cristianas hasta que Alfaro decretó su clausura. El Instituto Mejía nació del fervor de un grupo de jóvenes liberales, la mayor parte de los cuales habían sido educados en el Colegio San Gabriel de los jesuitas. En consonancia con el nuevo espíritu que inspiraba la revolución liberal Alfa-

11. Hugo Alemán, *Presencia del pasado*, II, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1953, p. 92. Un condiscípulo de entonces, Luis F. Torres, dice en su «Encuentro con Carrera Andrade»: «Conocimos a Carrera Andrade cuando iniciaba los estudios secundarios en la Escuela Normal de Quito en la 'Cruz de piedra'. Siempre aparecía con nuevos y voluminosos libros que casi lo doblaban». *Repertorio Americano*, XLIV, 1053, julio 1948, p. 39.
12. Jorge Carrera Andrade, *Cartas de un emigrado*, Quito, Editorial Elan, 1933, p. 39.

rista, se quería laicizar la educación del país, que había estado hasta entonces a cargo de religiosos. La solicitud de ampliación de labores dirigida a la Asamblea Constituyente en enero de 1897 y firmada por Aparicio Batallas, «doctor en Ciencias Físicas y Naturales», es abiertamente anticlerical.¹³ Pero en la práctica no existía entonces el sectarismo de los años posteriores pues entre los profesores indistintamente se hallaban liberales, radicales y conservadores.

Por feliz decisión, a este Instituto se le había dado el nombre del célebre quiteño José Mejía del Valle y Lequerica. Este ingenio brillante había asombrado a finales del siglo XVIII a los maestros del Seminario de San Luis y de la Universidad de Santo Tomás de Aquino donde ganó por oposición las cátedras de Latinidad y Retórica y luego la de Filosofía. Doctor en Teología y Bachiller en Medicina, cursó también los estudios de Derecho Civil y Canónico. Fue un espíritu erudito y curioso que mereció la admiración del sabio colombiano Francisco José Caldas por sus conocimientos en materia de ciencias naturales y que más tarde triunfó en las Cortes Españolas por sus extraordinarios dones parlamentarios.¹⁴ Tal era el ejemplo que se propuso a la juventud de Quito al dar a este nuevo Instituto el nombre del sabio quiteño.

Para la enseñanza se buscó a profesionales que no solo estaban bien preparados sino que asumieron sus responsabilidades con vivo interés. Debido a ello la educación en el Instituto Mejía en esta primera época se mantuvo en un alto nivel como lo prueba el número de egresados que enriquecieron el patrimonio de las letras patrias.

Carrera Andrade ingresó en el Instituto Nacional Mejía en 1916 a los trece años de edad. Iba a transcurrir en él cinco años hasta obtener, a los dieciocho, el grado de bachiller en 1921. Fueron éstos años decisivos en su orientación literaria. Sus días de infancia le habían dejado una sensibilidad tempranamente refinada por el influjo de su madre; sus meses de vida en el campo en contacto con las cosas humildes y diarias; la dicha de vivir en un hogar numeroso, bien provisto y protegido por el padre y embellecido con ternura por su madre. Infancia armoniosa y feliz en suma.

Para su naciente interés por lo literario encontró en el Instituto Mejía el apoyo de espíritus afines. El curso de literatura estaba a cargo de Alejandro An-

13. Hugo Alemán, *Tránsito de generaciones. El Instituto Nacional Mejía*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1947, pp. 85-89. Véase también Fr. José María Vargas, O.P., *Historia de la cultura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1965, pp. 387-390.
14. Menéndez Pelayo deploró así su temprana muerte acaecida el 27 de octubre de 1813 cuando apenas tenía 36 años de edad: «Si su prematura muerte no hubiera agotado tantas esperanzas, sería hoy mismo venerado como una de las glorias de nuestra tribuna, puesto que a ninguno de nuestros diputados reformistas cedía en brillantez de ingenio y rica cultura, y a todos aventajaba en estrategia parlamentaria...». Hugo Alemán, *Tránsito de generaciones*, p. 27.

drade Coello quien, a juzgar por su vasta obra crítica, era un conocedor atento de la literatura más reciente. El mismo Carrera Andrade ha dicho de él: «Mi maestro fue un escritor digno, fecundo y erudito, don Alejandro Andrade Coello, muy conocido en los círculos literarios de América en aquella época».¹⁵

Pero su temprana vocación literaria halló mayor estímulo entre sus compañeros de clase. En su primer año de enseñanza secundaria conoció a Gonzalo Escudero, nacido en Quito el mismo año que Carrera Andrade con similar destino de poeta y diplomático. Ese espíritu selecto y estudioso, compartía las labores literarias de sus amigos y se manifestó tempranamente inclinado hacia el parnasianismo. A los dieciséis años Escudero ganó con «Los poemas del arte» el primer premio en el Concurso Literario promovido entre los colegios secundarios de la república. En 1922 triunfó nuevamente en los Juegos Florales del Centenario de la Batalla de Pichincha con «Parábolas olímpicas». Sus libros posteriores *Hélices de huracán y de sol* en 1933 y *Paralelogramo* en 1935 muestran a un poeta maduro y personal, cuidadoso de la forma, con un estilo cuyas poderosas imágenes le conceden una noble energía, mesurado a veces, y otras grandilocuente y torrencial, como lo juzgó Carrera Andrade.¹⁶

Durante su segundo año en el Instituto Mejía a Gonzalo Escudero y Carrera Andrade se unió Augusto Arias. También nacido en 1903 traía como sus compañeros la ilusión de la poesía. «Al venir al Colegio ya todos tres sabían hacer versos» dice Hugo Alemán.¹⁷ Arias publicó en 1920 su primera obra poética, *Del sentir*, a la que siguieron *Poemas íntimos* en 1921 y *El corazón de Eva* en 1927. Poesía apacible y tierna, nutrida del sentimiento que el corazón cultiva sin atender a postulados literarios, hizo de su autor el poeta más popular de esos años.

En 1917 estos tres jóvenes poetas de catorce años decidieron fundar una revista, *El Crepúsculo*, título que definía la inspiración romántica de sus directores. Dejó de aparecer ese mismo año, pero esas modestas páginas revelaron la temprana seriedad de estos escritores en ciernes y su determinación de crear una obra literaria y de darla a conocer. Hugo Alemán, testigo presencial de esos esfuerzos, ha dicho que «gracias a esta incipiente publicación, les es permitido lanzar a los vientos cordiales del Colegio y a los ámbitos soñadoramente sentimentales del país, sus temerosos ensayos».¹⁸

15. Jorge Carrera Andrade, *Datos biográficos*, notas inéditas. Augusto Arias ofrece una semblanza literaria de Andrade Coello en su *Panorama de la literatura ecuatoriana*, 4a. ed., Quito, Editorial La Salle, 1961, pp. 22-23.

16. *Guía de la joven poesía ecuatoriana*, Tokio, Ediciones «Asia América», 1939, p. 12.

17. *Tránsito de generaciones*, p. 199.

18. *Presencia del pasado*, II, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1953, p. 95. El primer número de *El Crepúsculo* apareció el 15 de julio de 1916; el segundo en agosto siguiente. Carrera Andrade firmó sus observaciones sobre la ciencia y la literatura en el Ecuador con

El entusiasmo despertado en el Instituto Mejía con la publicación de *El Crepúsculo* atrajo a otros jóvenes al círculo de Carrera Andrade; entre ellos a Luis Aníbal Sánchez y a César Ariosto Orellana. Sánchez, nacido un año antes que Carrera Andrade, fue en su grupo uno de los primeros cultivadores de la prosa poética. Había empezado a escribir poemas en prosa en 1917, y en 1920, dos años antes de su muerte, los recogió en un libro que tituló *Palabras con Flordelina*. La calidad de esas líneas intensamente poéticas conmovió a Carrera Andrade, quien compuso una elegía en memoria de este poeta prematuramente muerto.

Luis Aníbal Sánchez, César Ariosto Orellana y Carrera Andrade convinieron en establecer una sociedad destinada al cultivo de las letras. Le dieron el nombre de un notable poeta y hombre público ecuatoriano, César Borja, cuya obra *Flores tardías y joyas ajenas* había aparecido en 1909, un año antes de su muerte. La Sociedad Literaria «César Borja», de la cual Carrera Andrade fue nombrado Tesorero, empezó la publicación de una revista que se tituló *La Idea* y cuyo primer número apareció en abril de 1917.

Carrera Andrade, como muchos de sus compañeros de afanes, tenía entonces catorce años. En tan temprana edad su vocación de escritor y poeta parece haber sido confirmada, pues desde entonces su obra no ha cesado de enriquecerse. ■